

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



# Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

## Ana la Andrajosa y la cometa

Ana la Andrajosa observaba con interés los preparativos. Estaban atando varios palos con cuerdas y cubriéndolos con una tela ligera.

Ana la Andrajosa había oído a algunos de los chicos hablar de "La Cometa", así que supo que aquello debía de ser una cometa.



Una vez atada la cola a la cometa y un gran ovillo de hilo grueso en la parte delantera, uno de los niños levantó la cometa y otro se alejó desenrollando el hilo.

Soplaba una brisa agradable, así que el chico del cordel gritó:

—¡Suéltala! —y empezó a correr.

Marcela levantó a Ana para que pudiera ver cómo la cometa surcaba los aires.

¡Qué bien subía! Pero, de repente, la cometa se comportó de forma extraña y, mientras todos los niños gritaban consejos al chico del ovillo de hilo, la cometa empezó a dar vueltas de un lado a otro y, finalmente, dando cuatro o cinco vueltas de campana, se estrelló contra el suelo.

—Necesita más cola —gritó un niño.

Los niños se preguntaron dónde podían conseguir más trapos para atarlos a la cola de la cometa.



—¡Atemos a Ana la Andrajosa a la cola! —sugirió Marcela—. Sé que le encantaría viajar por el cielo.

Todos los niños gritaron de alegría ante esta nueva sugerencia. Así que ataron a Ana la Andrajosa a la cola de la cometa.

Esta vez la cometa se elevó en el aire y se mantuvo firme. El niño que llevaba el ovillo de hilo lo desenrolló

hasta que la cometa y Ana la Andrajosa estuvieron muy, muy arriba y muy lejos. ¡Cómo disfrutaba Ana de estar allí arriba! Podía ver kilómetros y kilómetros. ¡Y qué pequeños parecían los niños!

De repente, una gran ráfaga de viento arrastró a Ana la Andrajosa detrás de la cometa. Podía oír el canto del viento en la cuerda a medida que aumentaba la tensión. De repente, Ana sintió que algo se rasgaba. Era el trapo al que estaba atada. Con cada ráfaga de viento, el desgarró se hacía más grande.

Cuando Marcela observó a Ana la Andrajosa elevarse por encima del campo, se preguntó cuánto lo había disfrutado Ana y deseó haberla acompañado ella también. Pero cuando la cometa llevaba cinco o diez minutos en el aire, Marcela se inquietó. Las cometas

eran bastante aburridas. Era más divertido tomar el té bajo el manzano.

—¿Quieres bajar la cometa ahora, por favor? —le preguntó al niño con el hilo—. Quiero a Ana la Andrajosa.

—Déjala que suba —respondió el niño—. La llevaremos a casa cuando bajemos la cometa. Vamos a buscar otro ovillo de hilo para que suba más alto.

A Marcela no le gustaba dejar a Ana con los chicos, así que se sentó en el suelo a esperar a que bajaran la cometa. Pero mientras Marcela observaba a Ana la Andrajosa, un punto en el cielo, no pudo ver cómo el viento rasgaba el trapo al que estaba atada. De repente, el trapo se partió y Ana se alejó navegando mientras el viento se enganchaba en sus faldas.

Marcela saltó del suelo, demasiado sorprendida para decir nada. La cometa, liberada del peso de Ana la Andrajosa, comenzó a lanzarse en picado hacia el suelo.



—¡Vamos a buscarla! —dijeron algunos de los chicos al ver la cara de

preocupación de Marcela, y

echaron a correr en la dirección en que había caído Ana la Andrajosa. Marcela y las demás niñas corrieron con ellos. Corrieron, corrieron y corrieron, y por fin encontraron la cometa en el suelo con uno de los palos roto, pero no pudieron encontrar a Ana por ninguna parte.

—Debió de caerse casi en tu jardín —le dijo un niño a Marcela—, porque la cometa estaba justo aquí cuando se cayó la muñeca.

A Marcela se le rompió el corazón. Entró en casa y se tumbó en la cama. Mamá salió con los niños e intentó encontrar a Ana la Andrajosa, pero no aparecía por ninguna parte.

Cuando papá llegó a casa por la noche intentó encontrar a Ana, pero no tuvo éxito. Marcela apenas había cenado, y ni papá ni mamá podían consolarla. Las otras muñecas de la habitación infantil quedaron olvidadas, y no las acostaron aquella noche, porque Marcela se quedó tumbada, sollozando y dando vueltas en la cama.

Finalmente rezó una pequeña oración por Ana la Andrajosa y se fue a dormir. Y mientras dormía, Marcela soñó que las hadas venían y se llevaban a Ana de visita al país de las hadas, y luego la enviaban a casa. Se despertó llorando. Por supuesto, mamá fue enseguida a

su cama y le dijo que papá le daría una recompensa por la mañana por el regreso de Ana la Andrajosa.

—¡Fue mi culpa, mamá! —dijo Marcela—. No debí ofrecer a los niños a mi querida Ana la Andrajosa para que la ataran a la cola de la cometa. Pero sé

que las hadas me la devolverán.



Mamá la abrazó y la tranquilizó con palabras de ánimo, aunque sentía que Ana la Andrajosa estaba realmente perdida y que nunca la volverían a encontrar. Ahora, ¿dónde creen que ha estado Ana la Andrajosa todo este tiempo?

Cuando Ana la Andrajosa cayó de la cometa, el viento se enganchó en sus faldas y la arrastró hasta que cayó en la horquilla del gran olmo que había justo encima de la casa de Marcela. Cuando Ana la Andrajosa cayó con un ruido sordo, boca arriba en la horquilla del árbol, dos petirrojos que tenían un nido cerca volaron parloteando.



Los petirrojos regresaron y reprocharon a Ana la Andrajosa que se pusiera tan cerca de su nido, pero Ana la Andrajosa se limitó a sonreírles y no se movió.

Cuando los petirrojos se calmaron y dejaron de pelear, uno de ellos se acercó a Ana la Andrajosa para investigar.

Era mamá Petirrojo. Llamó a papá Petirrojo y le dijo que viniera.

—¡Mira qué bonito hilo! Podríamos usarlo para forrar el nido —dijo.

Los petirrojos se acercaron a Ana la Andrajosa y le preguntaron si les podía dar un poco de su pelo de lana

para forrar el nido. Ana les sonrió. Así que los dos petirrojos tiraron del pelo de Ana la Andrajosa hasta que tuvieron suficiente para forrar su nido.

Llegó la noche y los petirrojos cantaron sus canciones de buenas noches, y Ana la Andrajosa vio salir las estrellas, titilar toda la noche y desaparecer a la luz de la mañana. Por la mañana, los petirrojos volvieron a tirar del hilo de la cabeza de Ana la Andrajosa y la soltaron para que pudiera asomarse por el lado de la rama, y cuando salió el sol Ana vio que estaba en los árboles de su propio jardín.

Antes de que pudiera desayunar, Marcela salió en busca de Ana. Y fue la propia Marcela quien la encontró. Y así es como lo hizo.

Mamá Petirrojo había visto muchas veces a Marcela con Ana la Andrajosa en el patio, así que empezó a gritar: —¡Alegre! ¡Ánimo! —y papá petirrojo empezó a llamar: —¡Ánimo! ¡Ánimo! ¡Ánimo! ¡Ánimo! ¡Alegre, alegre! ¡Alegría! Alegre!

Y Marcela miró al árbol que había sobre la casa para ver a los petirrojos y descubrió a Ana la Andrajosa que la miraba por encima de la rama.

Su corazón latía de felicidad.

—¡Aquí está Ana la Andrajosa! —gritó.

Y mamá y papá salieron y vieron que Ana les sonreía, y papá tomó poste de la cuerda de ropa, trepó por la ventana del desván y sacó a Ana la Andrajosa del árbol, y ella cayó en los brazos de Marcela, que la abrazó con fuerza.

—Nunca volverás a subirte a una cometa, Ana —dijo Marcela—, porque me sentí muy perdida sin ti. No volveré a dejarte ir.

Así pues, Ana la Andrajosa entró en casa y desayunó con su ama, y mamá y papá se sonrieron al asomarse por la puerta de la sala de desayunos, pues la sonrisa de Ana la Andrajosa era amplia y muy amarilla. Marcela, con el corazón lleno de felicidad, le daba a Ana parte de su huevo.

